

**Róger Aguilar Jerez
Managua, Nicaragua.**

DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

Entre Marzo y Agosto de 1980, el gobierno de mi país, Nicaragua, emprendió una inmensa tarea educativa, dentro del contexto de una revolución que recién había triunfado hacía menos de un año atrás. No era una tarea para nada fácil: reducir al mínimo la tasa de analfabetismo imperante, que rondaba un vergonzoso e inhumano 50.35%.

Ante este reto, toda la sociedad nicaragüense se involucró por completo para llevar a cabo esta titánica empresa, bautizada con el nombre de Cruzada Nacional de Alfabetización (C.N.A.). La ejecución de la misma recayó especialmente en los jóvenes estudiantes de secundaria y la universidad. 95,582 muchachos y muchachas de todas las clases sociales, cuyas edades oscilaban entre los 13 y 22 años, se movilizaron durante cinco largos meses por todo el territorio nacional. Dejaron la comodidad del hogar y sus ciudades para trasladarse a vivir durante todo ese tiempo a los rincones más remotos del país, donde no existía electricidad, agua potable, caminos de acceso, etc.

Con 16 años cumplidos me enrolé en el Ejército Popular de Alfabetización (E.P.A.) para participar en la Cruzada, al igual que la inmensa mayoría de mis amigos de entonces. Yo cursaba el tercer año de secundaria en el Instituto “La Salle” de Managua, regentado por los hermanos cristianos, muchos de ellos españoles. En los meses previos se nos capacitó en la técnica para enseñar a leer y escribir, sin descuidar la preparación física al mejor estilo militar, pues la vida en el campo, en las montañas y selvas de Nicaragua no sería nada fácil.

A mediados de marzo partimos a las comunidades asignadas. A mi pelotón de alfabetizadores le correspondió una comarca llamada Carazito, en el por entonces llamado departamento de Zelaya, distante a 300 km de la capital, Managua, mi ciudad.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

Hoy en día existe una carretera asfaltada para llegar a ese lugar, en un recorrido de unas 5 horas. Pero en 1980, sólo la mitad del camino era sobre asfalto y luego era una carretera de tierra en mal estado y sin puentes, por lo que había que atravesar ríos caudalosos, entre otros obstáculos, que retrasaba la travesía hasta 10 horas.

A cada uno de nosotros se nos ubicó en una casa perteneciente a una familia campesina. Los campesinos eran, lógicamente, el grupo social mayoritario dentro de los analfabetos. Cada alfabetizador se integró al núcleo familiar al que fue asignado, como un hijo y un hermano más. Y la orientación no consistía únicamente en enseñar a leer y a escribir, sumar y restar, sino que también debíamos colaborar con las tareas normales de la casa. Así pues, por la mañana me levantaba bien tempranito a ordeñar vacas. Luego más tarde iba a atender la cosecha de maíz y frijoles con “mi padre y hermanos” y luego por la tarde comenzaba la clase. De tal forma que no únicamente cumplimos con el rol de “profesores” sino también con el de alumnos, pues aprendimos a ensillar y montar a caballo, a usar el machete, a ordeñar vacas, a llevar el ganado a pastar o abrevar, a marcarlo y en fin, todas las actividades propias del campo.

En el inicio fue muy duro eso de enseñar a leer. Los campesinos no sabían ni como tomar un lápiz y, por estar acostumbrado al trabajo duro, a cada momento se les rompía la punta. Se desesperaban porque el avance era lento al principio, pero al cabo de unas semanas cogieron el ritmo y todo fue viento en popa. Algunos de nosotros estábamos muy lejos del pueblo, quizás a 5 o 6 horas a caballo, montaña adentro. A veces nos tocaba caminar mucho para dar una clase. Regresábamos de noche, agotados, llenos de barro hasta la cintura, mojados por la lluvia y con hambre. Pero a pesar del cansancio y las incomodidades, teníamos la conciencia de que realizábamos una tarea importante para nuestra sociedad y eso nos motivaba a seguir adelante. Al cabo de un par de meses, cuando ya mis alumnos leían sus primeras líneas, sus ojos brillaban de emoción cuando entendían una frase impresa en algún diario, libro o revista que caía en sus manos. Uno de ellos una vez me dijo que para él, no saber leer y escribir era como estar en la oscuridad. A partir de ese momento me esforcé más por cumplir mi meta.

En cinco meses, logré alfabetizar completamente a 11 personas, cuyas edades oscilaban entre 8 y 50 años. A seis de ellos les enseñé además las cuatro reglas aritméticas, un poco de historia nacional y geografía.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

No puedo olvidar el gran orgullo que sentí, al ver a mis alumnos, recibir su diploma que los acreditaba como personas alfabetizadas. Estaba seguro que sus vidas ya no serían las mismas desde el día en que aprendieron a leer y escribir.

Un 21 de agosto de 1980 nos despedimos de nuestras familias sustitutas, entre regalos, risas y lágrimas. Al llegar a Managua, en una interminable caravana de camiones de alfabetizadores, fuimos recibidos en la Plaza de la Revolución como héroes. Pero yo jamás me sentí un héroe. Siento que únicamente cumplí con un deber moral y ético que nuestra sociedad nos demandaba en ese momento.

Al finalizar esta gesta educativa, el analfabetismo en Nicaragua se redujo de aquel 50.35 % mencionado a un 12,96 %. Contribuyeron grandemente en esta tarea, la inmensa mayoría de los nicaragüenses, así como también países amigos como México, Cuba y España, entre otros. Por la realización de la gran Cruzada Nacional de Alfabetización, en 1981 le fue conferida a Nicaragua la medalla Nadezhda Krupskaya de la UNESCO. 59 jóvenes alfabetizadores perdieron sus vidas en esta hermosa tarea.

Y en mi vida personal, influyó tanto en mí la experiencia de enseñar y aprender, que tiempo después me convertí en docente universitario, labor que he ejercido a lo largo de los últimos 15 años.

**La
Gran
Lectura**

